

laridades solicitadas respecto á las personas, las cosas, la hora y todo. Pero no habia un solo comentario, una sola alusion á su pasado amor, una sola palabra que se refiriese á otra cosa que á aquella cena y á aquella partida, una sola sílaba ajena á las preguntas que se le hacian, ni siquiera un acento de compasion para Carmela.

Pero aquella carta seca y minuciosa daba á entender que al escribirla habia sentido que le apretaban mucho los remordimientos. A no ser así, hubiera encontrado por lo ménos alguna fingida expresion de lástima y de arrepentimiento. Al terminar la carta hubiese dicho por lo ménos: Espero... etc.; pero nada: «á la una de la mañana partió el vapor—decia al final.—Queda á sus órdenes...» y despues la firma.

IX.

—Comprendo, añadió el doctor, apénas acabó de leer la carta su amigo,—comprendo ahora por qué ninguno de los reverendos personajes que asistieron á aquella cena, ha podido referir lo que en ella pasó. ¡Se conoce que empinaron bien el codo!

Aquel mismo dia pusieron entrambos manos á la obra, para preparar la gran prueba. Buscaron al alcalde, al juez, al recaudador, al sargento de carabineros, á todos los demás; y el uno, el doctor, con los argumentos de la ciencia, y con los del sentimiento el otro, á fuerza de explicaciones y razonamientos lograron hacer comprender á todos de lo que se trataba, asegurarse de su cooperacion é inculcar á cada uno el papel que debia representar.

—¡Loado sea Dios!—gritó el oficial saliendo de la casa del recaudador, que fué el último á quien visitó:—lo principal está hecho. Y llamaron á la madre de Carmela, que para entender el proyecto

fué mucho más lista que el alcalde y demás prohombres, gente buena y razonable, pero de entendederas algo duras, especialmente en materias de aquella índole.

Carmela, desde aquel día, no se encontraba bien y estaba casi siempre en casa. El oficial y el médico fueron á buscarla. Se hallaba sentada en el suelo, fuera de la puerta, apoyada de espaldas á la pared. Cuando los vió, levantóse, no tan apresuradamente como solía, se dirigió hácia el teniente, como siempre, y trató de abrazarlo murmurando con voz débil los acostumbrados requiebros.

—Carmela, dijo el teniente, tenemos que darte una noticia.

—¿Una noticia? Una noticia, una noticia,—repetió suavemente Carmela, acariciando por tres veces con la palma de la mano la mejilla del oficial.

—Mañana me marcho.

—¿Mañana me marcho?

—Yo, yo soy el que me marcho. Me voy de aquí, dejo este pueblo, parto con todos mis soldados, me embarco en el buque y el buque me lleva léjos, muy léjos.

Y levantó el brazo como para indicar una gran distancia.

—Léjos, muy léjos... murmuró Carmela, mirando hácia la parte que había señalado el oficial.

Pareció que meditaba un instante, y despues dijo con diferente acento:—El buque de vapor... que hace humo.

Y probó á abrazar otra vez al oficial, llamándolo con los nombres acostumbrados.

—¡Nada!—dijo éste en su interior, moviendo la cabeza.

—Hay que repetírselo muchas veces, murmuró el doctor; volveremos más tarde.

Y se alejaron, despues de haber interrumpido con voz severa á Carmela, que les quería seguir.

La cena se había dispuesto para el día siguiente. Aquella misma noche Carmela, segun su costumbre, fué á sentarse á la puerta del oficial. Este, apénas volvió á casa, la hizo subir á su cuarto, donde el asistente, cumpliendo las órdenes recibidas, lo había revuelto todo, como si en efecto hubiesen de marchar. La mesa, las sillas, el canapé estaban llenos de ropa blanca, de prendas de vestir, de libros y papeles, y en medio del aposento había dos maletas abiertas, en las que el soldado comenzaba á colocar la ropa.

Carmela, al ver aquel desórden, hizo un ligero ademán de sorpresa y miró al oficial sonriendo.

—Preparo la ropa para marchar,—díjole el teniente.

Carmela miró otra vez á su alrededor, frunciendo las cejas, movimiento que no solía hacer nunca. El oficial la observaba atento.

—Me voy léjos, muy léjos de aquí; parto en el buque de vapor...

—¿Partes en el buque de vapor?

—Sí, mañana á la noche.

—¿Mañana á la noche?—respondió maquinalmente Carmela, y viendo la guitarra sobre una silla tocó las cuerdas con un dedo y las hizo sonar.

—¿No te sabe mal que me vaya? ¿No te disgusta dejar de verme por siempre?

Carmela clavó sus ojos en el rostro del oficial, y despues bajó la cabeza y la mirada, como si reflexionase. El oficial no añadió nada, y se puso á hablar á media voz con el asistente, ayudándole á doblar la ropa.

La muchacha permanecía mirándolo, sin hacer movimiento alguno. Al cabo de un rato, el oficial se le acercó, y le dijo:

—Ahora vete, Carmela, ya has estado aquí bastante; vete á casa.

Y tomándola por el brazo, la empujó suavemente hácia la puerta. Ella se volvió y extendió los brazos para ceñirle el cuello...

—No quiero.

Golpeó dos ó tres veces el suelo con el pié, gimió, extendió nuevamente los brazos, se los echó al cuello, le rozó la mejilla con los labios, sin besársela, como si pensase en otra cosa, y despues se marchó callada, lentamente, sin reír, sin vol-

ver los ojos, con un semblante que no expresaba nada, como el distraido que piensa al mismo tiempo en cien cosas y en ninguna.

—¿Qué es esto? pensó el oficial; ¿será un buen síntoma?... ¡Pluguiera á Dios! Esperemos.

Al dia siguiente, no salió de casa, y ni siquiera quiso ver á Carmela, aunque sabia que estaba, como siempre, sentada á la puerta. Empleó toda la tarde en preparar la prueba de la noche. Componíase su pequeña habitacion de dos cuartos y una cocina. Entre la alcoba y la puerta de entrada, habia una sala cuyas ventanas, lo mismo que las del dormitorio, daban á la plaza. En la sala hizo disponer la cena. Su patron y vecino le prestó una mesa grande, y acudió él mismo á guisar las viandas y á servir las, como habia hecho tres años antes en obsequio de aquel otro oficial. Hácia las nueve de la noche se presentó primero que todos el doctor.

—Está ahí bajo—dijo á su amigo al entrar;—se me ha quejado de no haberte visto aún. Le he preguntado si se encontraba bien, y ella, despues de haberme mirado fijamente, me ha dicho:—Buque de vapor.—Y no se ha reido. Pero, ¿quién podria decir qué es lo que pasa por aquella cabeza? Sólo Dios. ¡Ea! Vamos á preparar esta magnífica representacion.

Y despues de haber echado una ojeada á la mesa, pusiéronse á concertar el mejor modo de

llevar á cabo la comedia, ó por mejor decir, el drama, porque drama era, y bien serio.

Cuando estuvieron de acuerdo

—¿Han aprendido todos su papel?—preguntó el doctor.

El oficial contestó, que creía que sí.

Poco ántes de la diez, oyeron á la puerta ruido de pasos y de voces.

—Aquí están—dijo el doctor.

Y asomándose á la ventana :

—Ellos son.

El asistente bajó á abrir. El doctor encendió los cuatro candeleros que estaban á las cuatro puntas de la mesa.

—¡Cómo me palpita el corazón!—dijo el oficial.

—¡Animo!

En esto se oyó á Carmela, que clamaba :

—Yo tambien voy al buque de vapor.

Y batía las palmas.

—¡Animo!—repitió el doctor, al oído del amigo. ¿Escuchaste? Comienza á fijársele en la mente aquella idea. ¡Buen síntoma! ¡Valor! Ya están aquí los convidados.

Abrióse la puerta, y entraron sonriendo é inclinándose el alcalde, el juez y todos los demás que se habian reunido en el café. Miétras el oficial saludaba y daba las gracias á unos y á otros, el doctor deslizó una palabra al oído del asistente, que estaba inmóvil en un rincon, y éste

desapareció. Un minuto despues, sin que nadie lo advirtiera regresó con Carmela, y ambos entraron en el otro cuarto, rozando la pared y andando de puntillas.

—Sentémonos—dijo el oficial.

Sentáronse todos. El ruido de las sillas y el murmullo de complacencia que lanzaron los comensales al ocupar su puesto en la mesa, no dejó oír el movimiento que hizo el asistente para detener á Carmela, que replicando:—¡No lo he visto en todo el dia!—había abierto la puerta, y trataba de dirigirse hácia el oficial.

El asistente la contuvo, puso una silla junto á la puerta y la hizo sentar en ella; despues levantó las cortinillas, dejando un hueco de un palmo, y ella se puso á mirar por allí.

Ninguno de los convidados volvió los ojos hácia aquella parte, y Carmela no hizo movimiento alguno.

Comenzó y creció poco á poco un estrépito confuso de cuchillos y tenedores, de platos y de copas, de risas y de voces. Todos, excepto el doctor y el oficial, comían con el mejor apetito del mundo y bebían alegremente. Principiaron por tributar extraordinarias alabanzas á la disciplina, al valor y á la cortesía de los soldados, de los cabos y sargentos del destacamento. Despues ponderaron la bondad del vino y de los manjares; luégo hablaron del tiempo, que era hermosísimo,

una noche deliciosa, y del viaje, que debía ser muy agradable, y más tarde discutieron sobre política y luégo hablaron otra vez de los soldados, y despues discurrieron de nuevo sobre el viaje, y de esta manera, voceando más fuerte cada vez, y riendo con más estrépito, fueron vaciando las botellas hasta que todos los semblantes estuvieron rubicundos y todas las pupilas relampaguearon, y los labios comenzaron á balbucear, y las palabras á sucederse unas á otras sin mucha gramática ni lógica. Sin darse razon de ello, cada cual habia tomado su papel por lo serio y lo representaba á las mil maravillas; pero cuanto más olvidaban los otros el objeto á que habian venido, y se entusiasmaban en su placentero regocijo, tanto más sentia el oficial aumentar los latidos del corazon y mostraba claramente en su rostro la tormenta del alma, aunque nadie lo advertia, sino el doctor, quien de vez en cuando le repetia en voz baja que tuviese valor, y miraba al mismo tiempo á Carmela. Ésta permanecia inmóvil y atenta con el rostro por entre los visillos de la puerta de cristales. El asistente habíase marchado.

En cierto instante, penetraron en el aposento tres soldados; echóse al hombro cada cual una de las tres maletas que estaban en un rincon, y salieron. Carmela siguió con los ojos sus movimientos, hasta que hubieron desaparecido, y de nuevo los fijó en la mesa.

El doctor murmuró una palabra al oido del alcalde.

—¡Brindis!—exclamó éste de súbito, con la copa en la mano.—Brindo á la salud de este valeroso teniente, que manda el bravo destacamento del pueblo, que parte, y que deja por siempre y perpetuamente en este nuestro referido pueblo una memoria imperecedera é inmortal del bravo destacamento que manda este valeroso teniente...

Y no pudiendo desenredarse de aquel embrollo de su elocuencia, calló, meditó un instante, y añadió con resolucion:

—¡Viva el señor teniente que se va!

Y todos los demás, chocando ruidosamente las copas y derramando el vino por la mesa, repitieron:

—¡Viva!

El alcalde se dejó caer pesadamente sobre su silla. Habia motivos para sospechar que estaba alegre de veras.

Otros comensales pronunciaron brindis de parecida elocuencia, y despues volvieron á charlar todos á una, de milicia, de política, de vino y de viajes.

—Señor recaudador, una copla—gritó el médico.

Todos hicieron coro. El recaudador se excusó, se hizo rogar bastante, despues sonrió, tosió, tomó la guitarra y cantó dos ó tres coplas. Los

comensales volvieron á la charla y la chacota, y lo interrumpieron.

—Ahora me toca á mí,—gritó entónces el oficial.

Y todos callaron.

Tomó la guitarra, la templó, púsose en pié y comenzó... Estaba pálido y le temblaban los dedos como si tuviese fiebre. No por eso dejó de cantar su cancioncilla con una suavidad y sentimiento verdaderamente deliciosos.

Carmela, yo de hinojos
postrándome á tu planta,
me miraré en tus ojos
con alegría santa,
tu aliento respirando
dichoso viviré...

Carmela escuchaba cada vez más atenta, arrugando el entrecejo, como quien está absorto en profunda meditación.

—¡Bravo, bien, muy bien!—dijeron á una voz todos los comensales.

El oficial continuó:

Y cuando rompa el lazo
el Dios que nos ha unido,
cual niño en el regazo
materno adormecido,
sobre tu pecho en éxtas
dichoso moriré.

Los versos eran los mismos, la música era la misma, todo era lo mismo que en aquella noche fatal.

—¡Bravo, bien!—repitieron los comensales.

El oficial cayó como abrumado sobre la silla. Todos comenzaron de nuevo á gritar. Carmela estaba inmóvil como una estatua, y con los ojos muy abiertos miraba de hito en hito al oficial. El doctor la miraba á ella á hurtadillas.

—¡Silencio!—gritó el teniente.

Callaron todos, y como la ventana estaba abierta, oyóse abajo, en la plaza, una alegre música de flautas y violines, y un rumor como de mucha gente reunida. Eran los diez ó doce músicos del pueblo, circundados de gran parte del vecindario, que creía que en realidad marchaba el destacamento.

Carmela se estremeció y volvióse hácia la ventana. Su rostro comenzó á animarse ligeramente y sus rasgados ojos á moverse sin descanso de la ventana al teniente, de éste á los comensales, de los comensales á la ventana, como si quisiera oír bien la música, y al mismo tiempo no perder ningún movimiento de las personas allí reunidas.

Cuando cesó la música, gran parte de la gente congregada en la plaza, se puso á palmotear como habia hecho en la misma ocasión tres años ántes.

En aquel momento llegó el asistente con paso apresurado.

—Señor teniente, el buque está esperando.

El teniente se levantó, diciendo en voz alta:

—¡Hay que partir!

Carmela se levantó poco á poco, teniendo los ojos fijos sobre él y apartando lentamente la silla.

Todos los comensales se pusieron en pié y se agruparon alrededor del teniente. En el mismo instante apareció la madre de Carmela; entró sin ser vista en el otro aposento, abrazó á su hija, y le dijo afectuosamente:

—Valor, hija mia; dentro de dos meses volverá.

Carmela clavó los ojos en el rostro de su madre. Separó lentamente los brazos, que le había echado al cuello, y sin decir palabra, volviendo la cabeza poco á poco, tornó á fijar la vista en el oficial.

Todos los invitados estrecharon la mano del teniente, produciendo un rumor confuso de adioses, de gracias, de saluciones y de despedidas. Él se ciñó el sable, púsose el kúpis, tomó la cartera de viaje...

Mientras hacía esto, Carmela, sin advertirlo, había abierto la puerta, había adelantado un paso y con los ojos relampagueantes miraba rapidísimamente, ora al oficial, ora á los convidados, ora al asistente, ora á la madre que estaba á su lado; y con ambas manos se golpeaba la fren-

te, se mesaba los cabellos, suspiraba y temblaba de un modo convulsivo.

Sonó otra vez la música en la plaza, y oyóse despues otra salva de aplausos...

—Vamos,—dijo resueltamente el oficial, y se dispuso para salir.

Un grito agudísimo, desesperado, desgarrador brotó del pecho de Carmela. En el mismo momento arrojóse de un salto sobre el teniente, abrazóle con fuerza sobrehumana, y púsose á besarle furiosamente en el rostro, en el cuello, en el pecho, donde podía, sollozando, gritando, gimiendo, palpándole los hombros, los brazos, la cabeza, como hubiera hecho una madre con su tierno hijo á quien hubieran sacado en salvo de las olas, en las que, sumergido poco ántes, hubiérale visto ella tenderle los brazos y pedir socorro...

Pocos momentos despues la pobre muchacha cayó al suelo sin conocimiento, con la cabeza á los piés del oficial.

¡Se había salvado!

El oficial echóse en los brazos del doctor, que estaban ya abiertos, esperándole; la madre se inclinó para besar y bañar con sus lágrimas á la hija. Todos los presentes levantaron el rostro y los brazos, en actitud de dar gracias al cielo...

La música continuaba tocando...

X.

Cuatro meses despues, en una hermosa noche de Setiembre, tan clara que parecia de dia, el paquete de vapor, que habia partido por la tarde de Túnez, que se habia detenido como en todos los viajes, ante el puerto de nuestro pueblo, iba aproximándose rápidamente á la costa siciliana. Las aguas estaban tan tranquilas que no se sentia el movimiento del buque. Los pasajeros habian subido todos á popa, y contemplaban en silencio el cielo purísimo y el mar iluminado por la luna.

Separados de los demás, y mirando á la parte opuesta de la direccion que llevaba el buque, veíanse un jóven y una señorita, apoyados sobre la borda, cogidos del brazo, y con las cabezas tan juntas que casi se tocaban. A lo léjos se distinguía aún confusamente la isla de que habian partido y aquella isla era la que miraban. Estuvieron largo tiempo sin moverse en aquella actitud, hasta que la jóven, levantando el rostro, dijo así en voz baja:

—Y sin embargo, siento que se me desgarrá el corazon al alejarme de mi pobre país, donde he sufrido tanto, donde te ví por vez primera, y donde tú me has devuelto la vida...

Y apoyó la frente sobre el hombro de su compañero.

—Regresaremos algun dia, le contestó, haciéndole volver un poco la cabeza para mirarle los ojos.

—¿Y volveremos á tu casa?—preguntó ella cariñosamente.

—Sí.

—¿Y por la noche nos pondremos á hablar en aquella ventana desde la que tú me llamaste una vez?

—Sí.

—¿Y tocarás de nuevo la guitarra y cantarás otra vez aquella cancion?

—Sí, sí.

—Cántala ahora, apuntó con júbilo Carmela, cántala en voz baja.

Y el oficial, acercándole los labios al oido, murmuró:

Carmela, yo de hinojos
postrándome...

Carmela echó los brazos al cuello de su esposo y rompió á llorar.

—¡Pobre y santa criatura!—díjole él, estre-

chándola contra su pecho;—aquí, aquí, sobre mi corazón, siempre aquí.

La pobrecilla se estremeció, miró alrededor, miró al mar, miró á la isla, miró á su esposo y exclamó:

—¡Oh! ¿es un sueño?

Y el jóven, interrumpiéndola:

—No, ángel mio, ¿es el despertar!

Y el buque volaba como si lo llevase el viento...



DIA MEMORABLE.

UNA señorita decia á un oficial que venía de campaña:— Explíqueme usted bien lo que se siente en aquellos momentos terribles, y no exagere, se lo ruego. Ustedes los militares, cuando hablan de la guerra, se despachan á su gusto, y siempre encuentran crédulos. Yo no me cuento en este número, se lo prevengo. Dígame la verdad, nada más que la verdad, sin retóricas ni atavíos; porque descripciones enfáticas de reñidas batallas, bastantes he leído en los libros, y todas están calcadas sobre el mismo patron.

—No es poco lo que pide V. ¿Cómo quiere que así, sin prepararme?... Déme algun tiempo para reunir y ordenar mis recuerdos; si no haré un batiburrillo sin piés ni cabeza.